

**DE LA
PREHISTORIA
AL FUTURO**



**la antigua
Rhodesia
del Norte
es ahora
el país 115
de las
Naciones
Unidas**



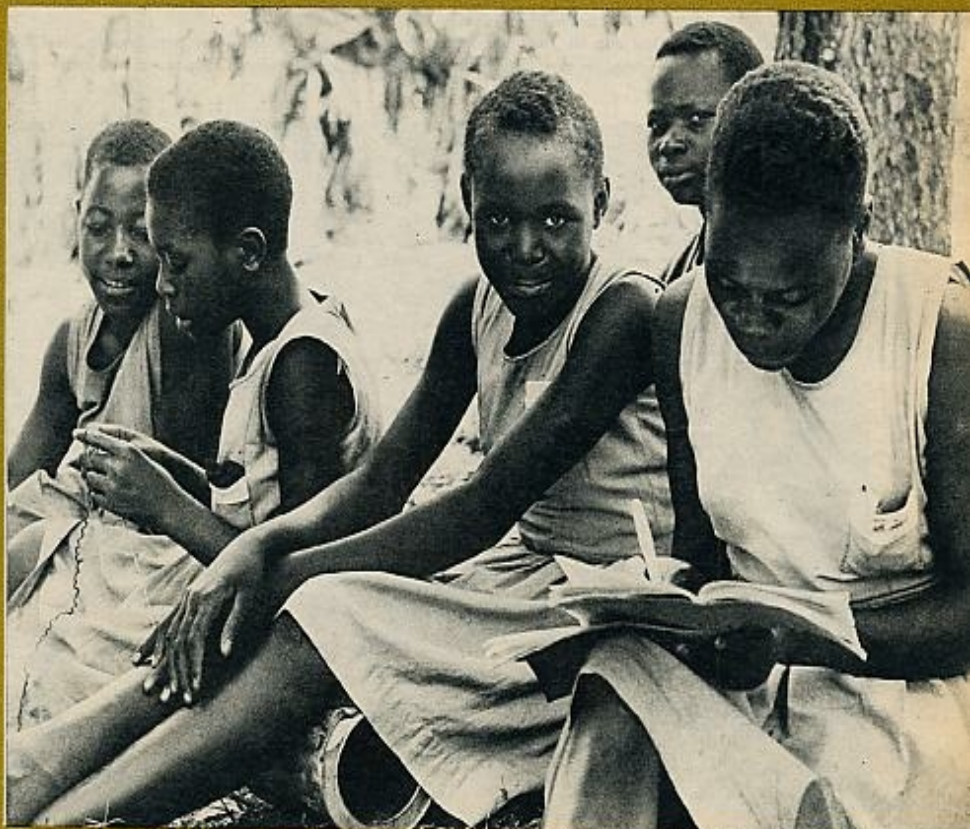
Por **JUAN ALDEBARAN**

ZAMBIA

LA INDEPENDENCIA NO LE HA LIBERADO DE LAS SERVIDUMBRES ECONOMICAS Y GEOPOLITICAS COLONIALES

CECIL Rhodes era, para sus amigos, «el Napoleón del Cabo». Este cabo era el de Buena Esperanza, hasta donde le llevaron sus aventuras coloniales, su política imperial. Entre sus hazañas se cuenta la preparación y lanzamiento de la guerra anglo-bóer, que fue su gran fracaso y estuvo a punto de costarle la vida en el sitio de Kimberley, donde las tropas inglesas llegaron a tiempo de liberarle de las vengadoras manos de los bóers. Una de sus grandes operaciones fue engañar a un Rey negro llamado Lobengula, que por unas cuantas baratijas le cedió una enorme región de gran riqueza minera, en la que Rhodes esperaba, sobre todo, encontrar oro. Años más tarde, el Rey de Lobengula descubrió que había sido engañado y quiso rebelarse, pero ya era demasiado tarde: los ingleses le destronaron, y su país, el viejo imperio Khasna, pasó a la Corona y recibió el nombre de su astuto fundador: se llamó Rhodesia. Más tarde (en 1924), el territorio se dividió en **SIGUE**

La antigua Rhodesia del Norte, que se declaró independiente hace cuatro meses, se llama ahora Zambia y es el miembro número 115 de la ONU. Su nombre constituye un homenaje al gran río que la separa de Rhodesia del Sur, el Zambeze. Zambia no ha sufrido el trauma del nacimiento, sino que se ha ido desgajando suavemente de las estructuras coloniales. En la foto de la derecha vemos a un grupo de muchachas del nuevo país, apasionadas por el trabajo y la instrucción. A la izquierda, una vista aérea de Lusaka, la capital de la nación.





En el plan de desarrollo iniciado en 1961 y que termina este año, un sexto del presupuesto total fue dedicado a la educación. Arriba, el Instituto de Segunda Enseñanza de Lusaka, donde estudian dos mil muchachos. Abajo, a la izquierda, una mina de cobre en Chingola. A la derecha, una escuela instalada en una cabaña.

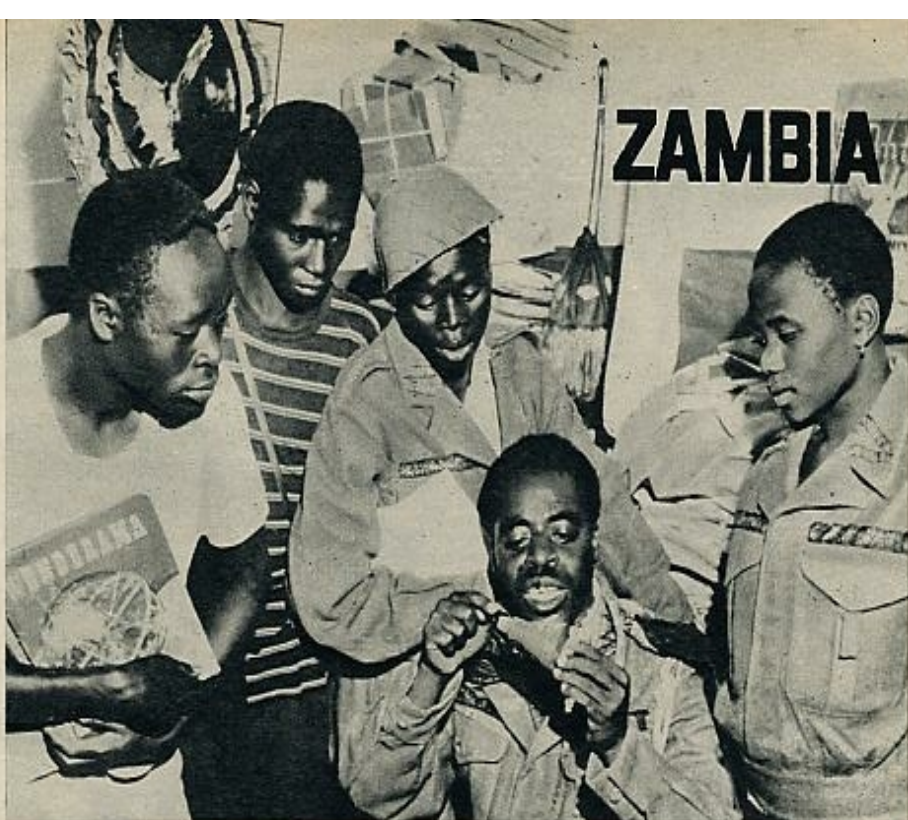


dos, administrativamente: Rhodesia del Norte y Rhodesia del Sur. Hace cuatro meses Rhodesia del Norte se declaró independiente, adoptó una bandera multicolor —verde, negra, roja y anaranjada—, inventó un himno nacional —«Nkosi Sikeleli Afrika»; «Dios bendiga África»— y se apresuró a borrar el nombre de su comprador-colonizador: Rhodesia del Norte se llama desde el 24 de octubre Zambia, es el miembro número 115 de las Naciones Unidas, y el país número 30 de África que se declara independiente. El nombre de Zambia es un homenaje al gran río que la separa de su vecina Rhodesia del Sur, el Zambeze, que arrastra en sus aguas las leyendas de los dioses Zambis. Su nueva entrada en la Historia está llena de promesas y peligros, de todas las contradicciones propias de los países recién nacidos. Zambia no ha sufrido el trauma del nacimiento. Ha ido suavemente desgalándose de las estructuras coloniales. Su primera fase de independencia fue cuando la llamada Federación Rhodesia —las dos Rhodesias y Nyasalandia— se independizaron y quedaron incluidas en la Commonwealth británica. Los nordrhodesianos pasaron entonces del dominio inglés al de sir Roy Welensky, el fanático racista blanco que quiso hacer de la Federación un calco de Sudáfrica. Este antiguo boxeador y ferroviario, que hace unos meses ha sido separado del poder, negaba el voto a los negros y les mantenía en la esclavitud económica. Los ingresos por cabeza de los blancos asalariados eran de 1.209 libras al año; los de los negros, de 87 libras (cifras de 1961). En el territorio del Sur —el feudo de Welensky— 220.000 blancos poseen 41 millones de acres de tierra cultivable; dos millones y medio de africanos, cuarenta y cuatro millones de acres en tierras de peor calidad y situación. Una vez que la puerta estaba entreabierta hacia la libertad y la independencia los negros de la Federación no estaban dispuestos a mantener esta situación. Los primeros en separarse del grupo fueron los de Nyasalandia, que tomaron para su país el nombre de Malawi. Roy Welensky hizo cuanto pudo para mantener el territorio de Rhodesia del Norte, de riquísimos yacimientos de cobre, pero era tarde. El Gobierno británico dejó de apoyarle: tenía una revuelta, una revolución. Los ingleses preferían una influencia económica sobre Rhodesia del Norte. De esta forma, pacíficamente, Zambia nació a la libertad.

Zambia tiene ahora tres millones y medio de habitantes, de los cuales unos 70.000 blancos contra los que no hay ningún prejuicio racial aparente. Su Jefe de Estado, Kenneth Kaunda, del que luego se hablará, ha prometido que su país debe ser «el hogar de todo el que quiera vivir en él, sea cual sea su raza, siempre que acepte que la mayoría debe gobernar y que todas las personas han nacido iguales». Están ocupando una superficie de 752.000 kilómetros cuadrados (comparación con España: 32 millones de habitantes en 500.000 km², cifras aproximadas). Estos zambios —de algún modo hay que llamarles— tienen un país amplio y rico. Parece ser el país más rico de África, después de Sudáfrica, en cuanto a reparto (imaginario, evidentemente) de riquezas naturales por cabeza. Porque Zambia tiene en su territorio, además de plomo, cinc, plata y cobalto, unos yacimientos de cobre que contienen la cuarta parte de las reservas del mundo, con una producción anual equivalente a 400 millones de dólares, que puede mantenerse fácilmente durante cien años. Como nadie dudará, estas minas están en poder de compañías británicas y norteamericanas. Como en todas las naciones subdesarrolladas de reciente independencia, la fuente principal de riqueza está en manos extranjeras. Y como en todas las naciones de este tipo, su papel principal en esta explotación es el de la simple mano de obra, por falta de técnicos y expertos nativos. Una estadística de Zambia muestra que apenas tiene 1.500 bachilleres, 100 graduados universitarios, cuatro médicos, diez abogados y ningún ingeniero... Existe, pues, una dependencia absoluta hacia los blancos y de las compañías extranjeras.

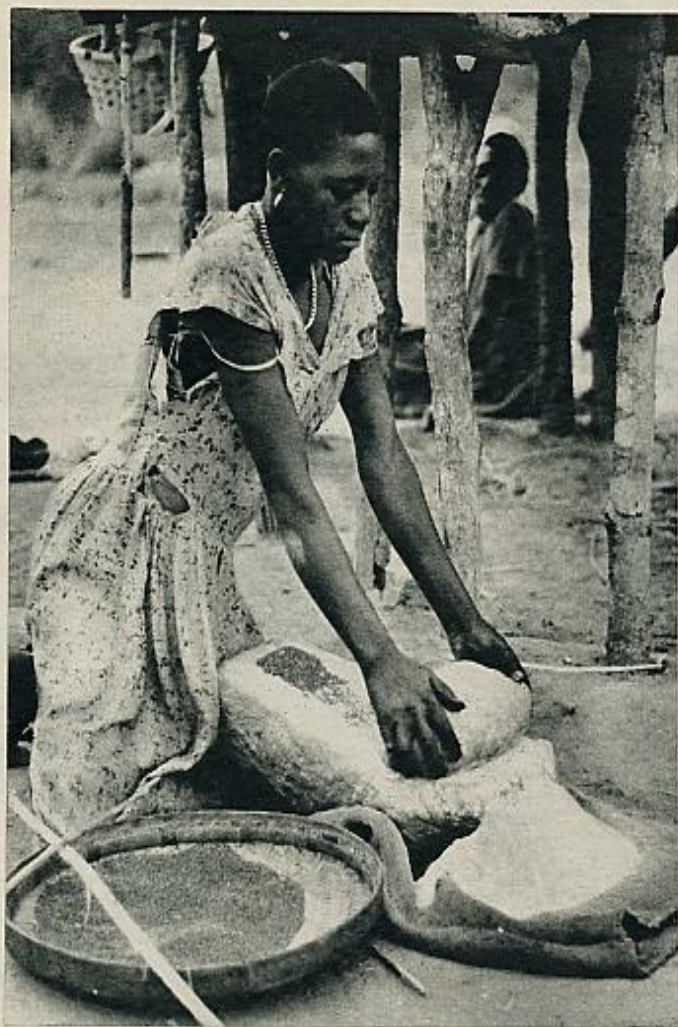
Otra dependencia contradictoria de Zambia se da su situación geopolítica. Es el único país africano, de vocación puramente **SIGUE**

ZAMBIA



La alegría de la independencia se ha traducido para algunos ministros en un curioso juego: el entrenamiento para la conquista del espacio. En Zambia se ha creado una Academia de Investigaciones Espaciales y Filosófica.





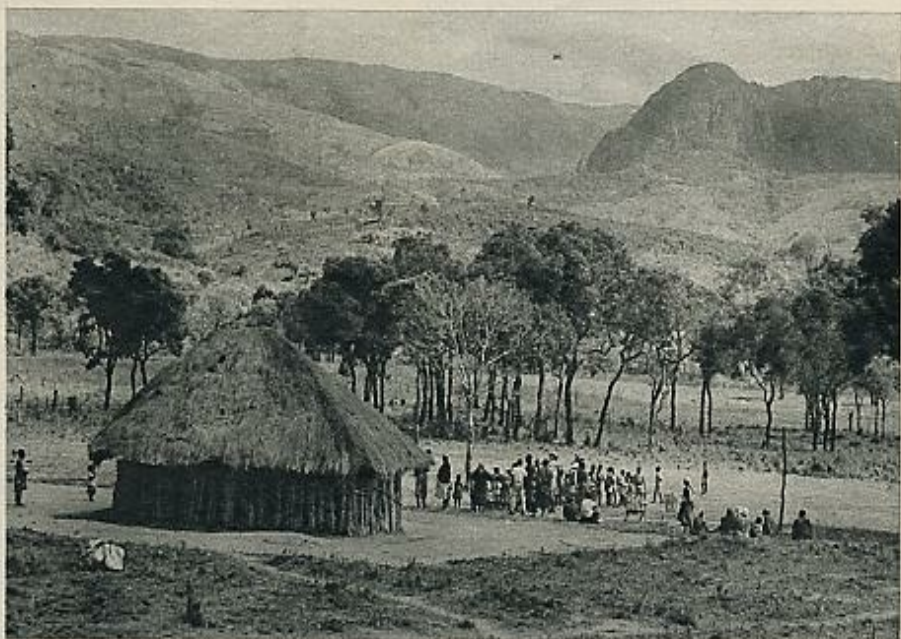
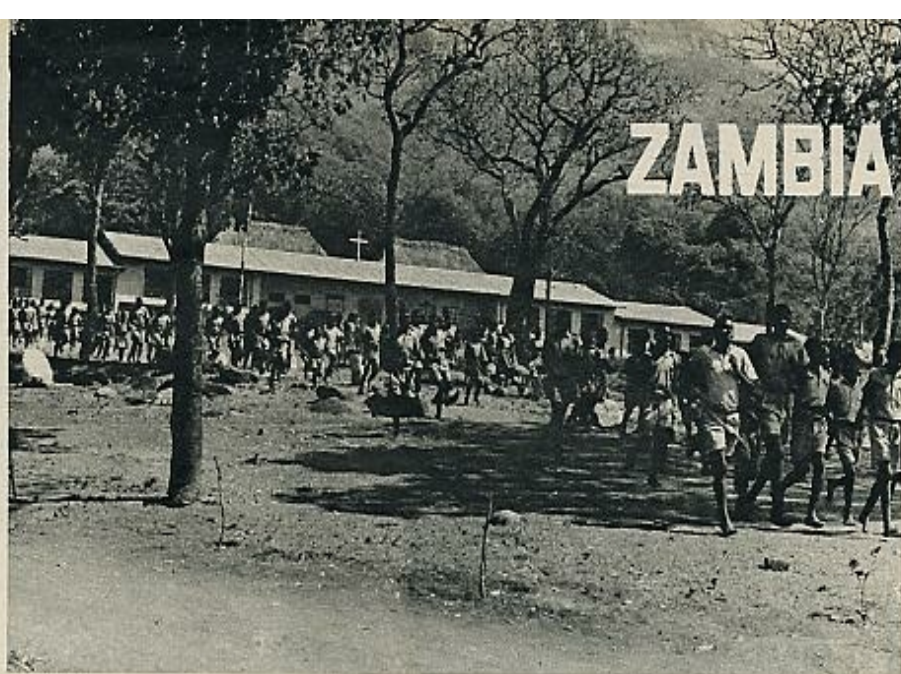
Arriba, una boda. La cerveza de maíz es la bebida preferida en Zambia. Abajo, a la izquierda, la molienda del maíz, realizada al viejo estilo, utilizando dos piedras. El maíz es el alimento básico de Zambia, donde la civilización ha entrado de golpe. A la derecha, jóvenes zambios durante una sesión de twist al aire libre.

africana, que está obligado a negociar con Rhodesia del Sur y con Sudáfrica, a pesar del «boicot» general del continente contra esos países. El ferrocarril y las carreteras de Zambia, construidos por los británicos, van directamente desde las minas de cobre hasta Mozambique, a través de Rhodesia del Sur, por una parte, y Angola por otra. Sus fuentes de energía eléctrica y de carbón están situadas al otro lado del río Zambeze, en Rhodesia del Sur, y accionadas por blancos. Cuando el Jefe de Estado de Zambia, Kenneth Kaunda, compareció en la Conferencia de países no alineados en El Cairo tuvo que explicar su situación y por qué no podía sumarse a la acción general africana contra los territorios racistas. «Nuestra dependencia económica de Sudáfrica se hará más clara para todos vosotros si os explico que hasta el más pequeño almacén en el último pueblo de Zambia está repleto de productos que llegan de Sudáfrica». Por esa razón Zambia no puede prestar el apoyo que quisiera a los nacionalistas de los territorios vecinos. Hace poco Kaunda detuvo una manifestación de «combatientes de la libertad» en la calle principal —calle de El Cairo— de la capital —Lusaka— con estas palabras: «No estoy dispuesto a permitir aventuras armadas».

Kenneth Kaunda es uno de los típicos productos de la «resistencia pasiva» inventada por Gandhi, su maestro lejano. Puede asimilarse su mentalidad a la de otro gran dirigente negro, el premio Nobel sudafricano Albert Luthuli. Las circunstancias han permitido que Kaunda llegue al poder mientras Luthuli está aún en residencia vigilada. Pero Kaunda tuvo que pasar también su purgatorio de cárcel: once meses prisionero de los Ingleses. Kaunda es un gigante apasionado de la paz, que canta himnos religiosos —es hijo de un pastor protestante: el hijo que brotó después de veinte años de matrimonio estéril, y que por ello fue llamado por sus padres «Buchizya», el inesperado— acompañándose él mismo a la guitarra, partidario del «neutralismo positivo» —uno de sus primeros actos de gobierno fue abrir relaciones con China y con la U. R. S. S.—, decididamente panafricano. Su principal esperanza es construir un ferrocarril que una su país con el Norte, hasta Tanganyika, y buscar una Federación con aquellos países del Este africano. Pero ese ferrocarril no podrá estar terminado hasta 1970, y Kaunda tiene que contener durante estos cinco años por venir la impaciencia de sus conciudadanos y la de sus amigos de otros países africanos, que consideran Zambia como un peligro de convertirse para siempre en una víctima del neocolonialismo económico. Los conflictos entre el Gobierno de Zambia y las compañías mineras son inevitables y tienen que producirse en fecha breve. En primer lugar habrá una petición de aumento de las «royalties»; pero las etapas de petición se mantendrán hasta la exigencia del reintegro de las minas a la nación. Aun así, aun si llegase esta liberación, Zambia pasaría por las angustias del «país de producto único», sometido a todas las oscilaciones del mercado. El cobre supone el 68 por 100 del producto nacional, y una baja en el mercado supondría un desastre económico para Zambia (comparación: la economía de Bolivia con el estaño, en manos de las grandes compañías americanas; la inestabilidad política de Bolivia depende del curso del estaño en los mercados mundiales). Sin duda a eso se refería Kaunda cuando, el día de la independencia, se le oyó murmurar: «Ahora, todo es alegría; pero pronto tendremos que enfrentarnos con los verdaderos problemas».

Un problema de otro orden es el religioso. En Zambia hay trescientos mil católicos reunidos en misiones, enseñados por misioneros europeos. Las religiones fetichistas que se mantienen hoy vivas creen que el catolicismo y el protestantismo actúan en contra de los intereses del país. Poco antes de la independencia, en el mes de julio, se produjeron en Zambia graves disturbios, cuando la «bruja» Alicia Lenshina predicó a la secta de los Lumpas oposición contra Kaunda: las tropas intervinieron y se dice que el número de muertos causado por la insurrección de los Lumpas ascendió a 650; 150 pueblos —los pueblos son, como puede apreciarse en las fotografías que ilustran estas líneas, conjuntos de chozas de madera y paja, a veces de barro cocido; **SIGUE**

ZAMBIA



Pintoresca decoración de una choza (abajo). Arriba, la escuela de San Pedro, un centro típico de Zambia. Nuestra imagen recoge la salida al recreo de la tarde. Los alumnos de este centro visten uniforme.

RAYA
PERMANENTE
LANA

nada le altera

F. W. W. - PUBLICIS DE ESPAÑA Foto Maist

le da igual mojarse

Sabe que la Raya Permanente Lana es inalterable
porque está impresa
en la misma estructura molecular de la lana.
AHORA TAMBIEN EN ESPAÑA
lana pura + raya permanente
Pídala a su sastre

**RAYA PERMANENTE
LANA**

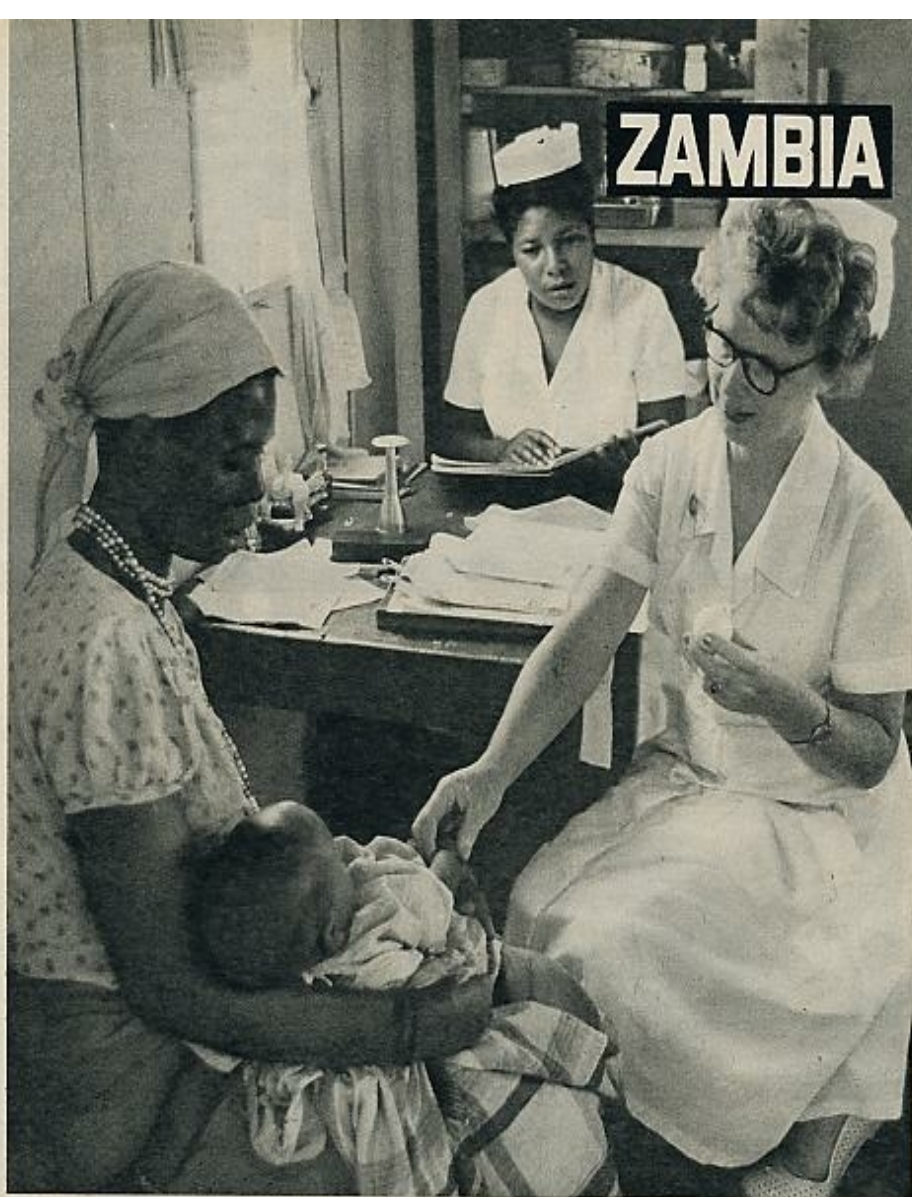
cabañas levantadas sobre pilones para evitar ser arrastradas por las frecuentes inundaciones— desaparecieron entre las llamas. Esto hace pensar a muchos ciudadanos de Zambia que el pacifismo y el gandhismo de Kenneth Kaunda se manifiesta simplemente cuando se trata de luchar contra los blancos poderosos, pero se trueca en acción implegable cuando hay que eliminar a los negros paganos. Otro motivo de crítica es que Kaunda no vive con la pobreza que impera en el país, por lo menos aparentemente: se le ve pasar por las carreteras en un «Chrysler» imperial que ha costado 700.000 pesetas; lo suficiente para que viva durante toda su vida una familia zambiana compuesta de varias generaciones...

No obstante, Kenneth Kaunda es un hombre inteligente y trabajador, que trata de sacar a su pueblo de tantas contradicciones geográficas, políticas, económicas y culturales como tiene. Una de sus principales obsesiones es la creación de técnicos. Ha creado incluso una Academia Nacional de Ciencias, Investigaciones Espaciales y Filosofía. Extraña mezcla que ha dado un extraño resultado. Su presidente es Eduardo Mukuka Nkoloso, que está decidido a que Zambia realice un programa de investigaciones espaciales que le permita competir con la URSS y con los Estados Unidos, y llegar antes que ellos a la Luna... Mukuka no es, como puede parecer, un teórico: sus intentos son puramente prácticos. Hay doce zambios —entre ellos una mujer, como símbolo de progreso: una muchacha de dieciséis años— que están siendo entrenados por él para la conquista del espacio. Estos supuestos astronautas se adiestran dentro de un viejo barril de aceite que cuelga de las ramas de un árbol, y también andando con las manos, porque el presidente de la Academia de Ciencias asegura «que ésa es la única forma en que los seres humanos pueden andar sobre la superficie de la Luna».

De estas ingenuidades y de estas angustias está África llena. Pequeños fantásticos iluminados por un nacionalismo repentino como el «sabio» Mukuka o como la sacerdotisa de los Lumpas, políticos que tratan de pactar con el capital extranjero, los sueños de aldeanos reducidos a la edad de piedra, riquezas enormes que no son para todos, viejas estructuras coloniales que no corresponden a la participación de los países... Para entender África, hoy, hay que poder penetrar de buena fe en su situación real, en su pesada y amarga herencia histórica, y comprender sus aspiraciones, sus enormes esperanzas a salir del barro en que sus ciudadanos están hundidos. África es ahora un continente en formación, y la sorpresa que da cada día es la de un salto de la prehistoria hacia el futuro. Puesto que ha sido posible lo que no lo parecía jamás —librarse de los colonos, comenzar una nueva vida de seres humanos, tener derecho al voto y a la participación en los asuntos del Estado—, debe parecer fácil, a los más fantásticos, llegar también a la Luna y andar en ella cabeza abajo y con las manos. Con el pensamiento puesto en la Luna, metidos en un viejo barril que cuelga de un árbol milenar, los ciudadanos de la nueva Zambia conseguirán reconquistar sus minas y construir su ferrocarril hasta Dar es Salam.

J. A.

(Fotos ZARDOYA, CIFRA, E. BRITANICA
y dibujos de ORTEGO)



Un grave problema es la alimentación insuficiente de muchos niños; arriba, una enfermera en su trabajo. Abajo, líderes zambios con el ministro de Colonias. De izquierda a derecha, Roberts, del partido del progreso; Kaunda, primer ministro; Sandys; Nkumbula, jefe de la oposición, y el ex gobernador, Hone.